

Próximo número:

El real y hermoso drama-film

El mundo y la mujer

por GERALDINE FARRAR

Postal-fotografía:

JUNE CAPRICE

Sale todos los miércoles

Precio: 25 céntimos

PRONTO...

La mejor revista cinematográfica:
La más bonita, amena y elegante. Preciosos argumentos, humorismo cinematográfico, galería de artistas cinematográficos, bellos apuntes de inapreciable valor artístico. — Todo amante de la cinematografía comprará

CRI - CRI

¿Cuándo saldrá?

¡PRONTO!

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 20

25 cts.



**SUENOS
JUVENILES**

per
Mabel Normand

FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción / Gran Via Layetana, 17
Administración / Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º XVII

SUEÑOS JUVENILES

Extracto de la película de dicho título
Producción MACK SENNET

por MABEL NORMAND

CONCESIONARIOS: Los ARTISTAS ASOCIADOS
Rambla de Cataluña, 62. — BARCELONA.

En el arrabal de una populosa y moderna ciudad habitaba la familia Dair, orgullosa de su modesta y honrada condición trabajadora. Aquella se componía de los miembros siguientes: el papá Dair, hombre tosco, un pedazo de pan en el fondo; la señora Dair, infatigable y laboriosa mujer que no conocía la jornada de ocho horas, lavandera de oficio; Jaime, el hijo de éstos, cuyos 16 años estaban cargados de un vicio que los resume todos: el juego; y por

fin Luisa, 18 años, humilde y cándida bella flor, la alegría de las veladas tranquilas después de la ruda jornada del trabajo.

Desde hacía algún tiempo un nuevo personaje alternaba con la familia Dair; era Daniel Smith, compañero de trabajo del cabeza de familia, 25 años, demasiado fornido para enamorar á Luisa, elástica como junco animado.

Apesar de las continuadas negativas de la pretendida, Daniel seguía en sus trece de hacer su conquista. Considerado el Don Juan del barrio obrero no podía comprender la indiferencia de Luisa hacia su persona. Cierta noche, de regreso el padre Dair y él mismo al hogar, Luisa, visiblemente contrariada por las tentativas que hacía cada día Daniel delante de su padre,—que veía en él el yerno ideal,— para obtener al fin una promesa de amor con el consecuente matrimonio inmediato, se fué á leer al jardín para estar tranquila. Pero hasta allí la siguió Daniel, dispuesto á enterarse del porqué de la conducta de Luisa hacia él.

—¿Está usted enfadada, Luisa? ¿Qué le pasa á usted?

—¡Nada!

—¡La ví salir con tan mala cara del salón!

—Si, para leer... al aire libre.

—¿No le ha dicho su padre que acaban de aumentarme? Pues si, desde esta semana gano más... más que antes, ¿oye usted? Ya lo debe usted saber por su padre...

—Es posible, aunque no lo recuerdo... ¿Cree usted que esto me interesa?

—¿Por qué no? Usted es muy sorprendente... pero eso no me asusta. ¡Yo soy terco!

Luisa no le hacía caso al estúpido y vanidoso Daniel y proseguía la lectura del periódico local. De súbito, un artículo dedicado al joven é interesante Doctor Bryant, una eminencia médica de aquella ciudad, encabezado con su fotografía á cuyo lado derecho había un claro en el que estaba dibujado un rectángulo con la pregunta dentro: «¿Cuál será la mujer que elegirá el doctor?», un artículo, decíamos, retuvo completamente la atención de Luisa durante varios instantes, después de los cuales enseñó el periódico á Daniel y le dijo:

—¡He aquí el hombre á quien yo admiro! Por todas partes va sembrando el bien sin vanagloriarse de ello.

A lo cual, lastimado en su orgullo, Daniel repuso:

—Un sabio de estos puede admitirse cuando uno está enfermo. Pero, fuera de este caso, los sabios resultan empalagosos y cargantes.

—¿Qué entiende usted en estas cosas!

El padre de Luisa no veía con buenos ojos la desviación de los sentimientos de su hija del lado de Daniel, é, ignorante del modo de tratar los asuntos íntimos, se empeñaba más todavía en querer casarlos.

Tio Blas era un curioso personaje de la ciudad. Siluetista, decidor de la buena ventura, era tan apreciado en el barrio por su talento natural como por sus discretos consejos. Luisa sostenía una cariñosa amistad con el popular siluetista.

En una de sus visitas al taller ambulante del artista, Luisa le hizo esta pregunta:

—¿Los sueños se realizan algunas veces?

—Algunos detalles me inducen á contestar afirmativamente.

—También quería preguntarle... Primero lea usted el periódico, aquí, en la primera página, el artículo sobre el Doctor... Y ahora, ¿cree usted que es censurable en mí quererme elevar á la categoría de este hombre?

—¡Ah! ¿Esas tenemos, chiquilla? Ya veo que lo que tú quisieras es poder llenar el claro del periódico. Mira... así... tu silueta junto á la derecha del Doctor... ¿no?

—Yo no sé si hago mal en... tenerle tanta simpatía... pero es tan bueno que la bondad le sale por los ojos cuando mira á alguien...

—Pues, hija mía, he aquí mi respuesta: Si fuese un mal aspirar á conseguir una condición mejor, la ambición resultaría entonces un vicio.

—¡Oh! Entonces... Gracias, tío Blas... ¡Vamos! Ya me olvidaba del almuerzo de papá. ¡Voy volando á llevárselo!

Hacia aquella misma hora, en un barrio elegante de la población, en el salón de su casa, Marta Manchester, que se había prometido con el doctor Bryant, estaba ocupadísima en el envío de participaciones de la petición de su mano hecha por el eminente galeno.

Federico Manchester, hermano de Marta, mundano sin escrúpulos, era quien consiguiera amañar el casamiento de su hermana con el afamado Doctor para solucionar con la gran fortuna de éste una difícil situación económica. Para entrar en posesión de fondos en seguida, Federico propuso á su hermana que enviase al joyero una invitación para la fiesta

que habían preparado en honor de los prometidos, y que aprovechase esa coyuntura para comprarle algunas alhajas al crédito.

Luisa, entretanto, en su rápido paso por la ciudad en dirección á las obras donde trabajaba su padre, vió á unas señoritas que la miraban con detenimiento y curiosidad. Como quiera que su imaginación estaba aún llena de mil fantásticas ideas, todas ellas relacionadas con la posibilidad de llegar á ser la "*Doctora Bryant*", la insistencia de la observación de las dos amigas la hizo tomar el partido de fingirse una gran señorita,—eso saltaba á la vista,—ante ellas, para lo cual, con la mayor despreocupación imaginable, subió en el primer auto que le vino á mano. El efecto era el apetecido. Triunfante, Luisa exclamó:

—¡Esas se habían creído que yo gasto auto! ¿Qué trabajo cuesta darse importancia?

Como quiera que las amigas ya se habían marchado, era preciso bajar del coche y llevar sin más demora el almuerzo al padre que esperaba. He aquí que, al ir á descender, Luisa vió frente á ella al Doctor Bryant, que salía de una librería. Ella tuvo un alegrón, ó, á mejor decir, dos: el uno, natural; el otro producido por la sonrisa que él la había dirigido.

Reponiéndose de su azoramiento, Luisa descendió del auto y, dándose aires de «elegante» dijo al *chauffeur*, como para que éste la tomara por una loca:

—Bautista, estoy cansada de no andar y me conviene un poco de ejercicio. Ahora volveré.

Alejóse, pues. En una esquina de la calle, detúvose y espío lo que hacía el Doctor. Afor-

tinadamente Luisa se apoyaba en la pared; de no hacerlo se hubiera caído de espaldas al contemplar como el Doctor subía en el auto que ella se atreviera á ocupar antes. ¡Era su coche! ¡Oh, qué plancha!

*
**

Marta daba una fiesta en su casa en honor de su novio, Bryant, que se hallaba con ella. Los invitados eran numerosos y se divertían de lo lindo.

Para Bryant las reuniones de esa especie no constituían nada que se apartase de su vida normal, ordenada, pues no gustaba de diversiones en las cuales si bien parecía reinar la alegría, no germinaba más que envidia é hipocresía en cada uno de los presentes. Pero, en fin, hay un proverbio que dice: «Estamos en el baile y hemos de bailar», y Bryant, resignado, lo tenía en cuenta en ocasiones como ésta.

En su casa, Luisa, muy atentamente, hacía una operación interesante. Tenía frente suyo el periódico abierto á la página de la fotografía del Doctor, y una tarjeta en la que ella estaba retratada con su hermano. Reflexionó un momento, y luego, decidida, recortó la cartulina, separando su fotografía de la de su hermano; y adecuada á las dimensiones del claro dejado en el periódico pegó en él su retrato. El efecto apetecido era halagador: ¡el Doctor y ella juntos! El periódico preguntaba: «¿Quién será ella?» «¡Yo!» contestaba á su manera

Luisa.

Tal era su ensimismamiento en esa operación, que tenía su poco de osadía, que de no recordárselo su madre á buen seguro que su padre se queda sin comer aquel día. En un santiamén preparó la fiambarrera para su papaito. Su madre la dijo que cuando volviese de llevar la comida á su padre entrase en casa de los Manchester á entregar la ropa lavada.

Temerosa de que se perdiese el periódico en que estaba junto con su hombre ideal, Luisa envolvió en él la ropa de los Manchester y salió alegremente de su casa.

El Doctor Bryant, que seguía conversando amoroso con Marta Manchester, fué llamado por teléfono con urgencia para asistir á un enfermo grave. Consciente de su obligación, Bryant no tuvo más remedio que despedirse así de su novia:

—Siento no poder acompañarte, Marta, pero he sido llamado para visitar á un niño enfermo.

Marta no supo reprimir este amago de egoísmo:

—¿Nosotros damos esta fiesta en honor tuyo y nos abandonas por la insignificancia de visitar á un niño enfermo?...

—La profesión médica es sacerdocio, muy por encima de todos los deberes, querida Marta. Volveré tan pronto pueda.

Luisa, en camino hacia las obras donde trabajaba su padre, se enteró de que el niño de una vecina estaba grave. Como Luisa conocía á la madre en cuestión, y curiosa á la par que dispuesta á serle útil si necesitara de ella, entró

en la casa del enfermo. Pocos minutos después llegó el Doctor Bryant. Este, gratamente sorprendido, reconoció en Luisa á la joven que había visto en su auto para fingirse una gran señora, y las miradas llenas de benevolencia que la dirigía, la desconcertaron. Pero consiguiendo en un arranque de enérgica resolución despegar la lengua de su seco paladar, por la emoción recibida tan inesperada emitió este parecer suyo:

La señora Molian ha hecho muy bien llamando á un... buen doctor.

—Yo soy como los demás, señorita. De todos modos, agradezco mucho sus elogios que no merezco.

¡Ah, si él supiera lo mucho que Luisa hubiese querido decirle!

El caso del niño enfermo era á primera vista gravísimo... pero, conocida la causa de la dolencia aguda de la criatura, la cosa variaba de aspecto. El tierno infante no tenía más que un alfiler clavado en su tierna carne. Y claro, desaparecida la causa, desaparecido el mal. La extracción del alfiler fué rápida. La madre del rorro, devuelta á la vida al ver al niño fuera de peligro, besó fervorosamente las manos del Doctor, bendiciéndole. Y Luisa, como si tuviera que ver algo con el Doctor, estaba muy contenta de tales muestras de agradecimiento.

La astucia en la mujer es una virtud innata que no necesita de preámbulos para adquirirla. Al decir esto queremos significar que á Luisa la astucia le proporcionó una agradable circunstancia que nunca hubiese podido obtener

de otra manera. Ello fué que al momento de despedirse el Doctor de su cliente, Luisa, cerca de la puerta del piso, con el paquete de la ropa de los Manchester debajo del brazo izquierdo y la fiambarrera en la mano derecha, hizo relacionar su salida de la casa con la del Doctor. Este, muy atento, tomó á Luisa el voluminoso paquete de la ropa... de la familia de su novia, y la invitó á subir en su auto... que no le era por cierto desconocido, para acompañarla hasta el lugar donde trabajaba su padre.

Luisa, qué duda cabe, no se hizo de rogar... por no desairar al amable Doctor... y por no contrariarse á sí misma caso de rehusar tal proposición.

A Luisa le parecía recorrer como en un sueño el camino que conduce al paraíso.

Mientras, su padre, bostezando á todos los vientos, desesperaba de comer. El travieso ratón del hambre empezaba á producirle calambres en el estómago. ¡Qué diablos hacía Luisa para no llegar aún?

En una encrucijada del camino Marta y sus invitados, que daban un paseo á caballo, vieron al Doctor con Luisa. El auto, por supuesto, se detuvo. Aquella, molestada por la presencia de Luisa en el coche de su novio, dijo á éste, aparentando cierta indiferencia:

—El niño parece que ha recobrado la salud... merced á tus asiduos cuidados, ¿no es cierto?

El Doctor, para quien no había pasado desapercibida la pulla maliciosa de su prometida, contestóla sonriente:

—No debías expresarte en ese tono, Marta.

Yo creo prestar un favor á esta señorita, que hallé en casa de mi enfermo, acompañándola á las obras donde está empleado su padre.

Tomando la cosa á broma, para permitirse mayores libertades que las que indudablemente el Doctor no hubiese tolerado en otra forma, el hermano de Marta intervino con esta nueva pulla:

—Veo que el tratamiento que necesitaba el niño enfermo era el de pasear con su médico en automóvil.

—Siempre está usted de buen humor. Pero, dispensadme; esta señorita está impaciente....

—Es verdad—exclamó Marta—*está impaciente*. Señores, prosigamos nuestro paseo.

Los jinetes partieron hacia un lado y el auto hacia otro opuesto, como opuestas eran también las ideas de los hermanos Manchester, celosos y ególatras, y las del Doctor y su gentil pasajera.

Con un humor de cuarenta mil demonios, el padre de Luisa habíase visto precisado á reanudar el trabajo sin que, ni por asomo; hubiese visto aparecer á su hija. Por tal razón, cuando al levantar casualmente la vista de su labor vió á su hija llegar en auto se le abrieron los ojos á riesgo de desprendérsele de las respectivas órbitas.

Cumplida su galante acción, el Doctor se dirigió hacia su casa.

Luisa, ajena al tenebroso estado de ánimo de su padre, alcanzóle como si no tuviera nada que reprocharse. Daniel Smith, el yerno ideal según el padre de la pretendida, también participaba del malhumor del simpático suegro,

sobre todo después de haber visto á Marta en compañía del Doctor....

Hecho una furia, el padre Dair zarandeó sin miramiento alguno á su hija, regañándola:

—¿Es así cómo pierdes el tiempo? Merecerías que te calentara esas costillas. ¡Te daba así! ¡Maldita sea!



—¿Es así cómo pierdes el tiempo?

Daniel no dijo ni pio; era lo mejor que podía hacer para evitarse un posible y aplastante descaro de Luisa.

Como el huracán soplaba cada vez con mayor fuerza, Luisa izó la vela y tras, tras, se fué á cumplir el encargo de su madre, pensando que

En este mundo traidor
Nada es verdad ni mentira
Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

*
**

En casa de los Manchester. Los dueños de la casa y sus invitados ya habían regresado. Era la hora de la merienda.

Luisa entró por la puerta de servicio y se puso á repasar la ropa que entregaba para comprobar que iba de acuerdo con los apuntes del ama de llaves. Por tener ésta otros quehaceres menos aplazables que el del recuento de la ropa, Luisa hizo sola esa operación. Durante la misma, unas medias cayeron al suelo y el perrito de Marta, que se paseaba por la cocina — en cuya pieza se hallaba Luisa — fué presto en apoderarse de ellas, con ganas de jugar. Luisa no tardó tampoco en apercibirse de la travesura del animalito, recuperando las medias en la misma puerta del salón, desapareciendo de allí apresuradamente, pero no sin haber podido evitar que la viera uno de los invitados: un joven *canoso* con ribetes de Don Juan.

De nuevo en la cocina, sola también, el invitado, malicioso, alcanzóla allí y la dijo:

— Buenos días, *niño*.

¿Cómo? ¿Qué significaba ese apelativo? ¿Qué franqueza era esa? Amoscada le clavó esta réplica:

— Buenos días, *abuelo*.

El invitado supuso que Luisa quería fingir lo del cuento del *niño* del doctor, el cual *niño*, por lo que habían visto todos, incluso Marta, en la encrucijada del camino, era ella, la misma Luisa. Y he aquí que, para *confirmar* las suposiciones, hijas de la fantasía y de la *envidia*, que Marta había iniciado en sus amistades por el citado encuentro de su novio con Luisa, el invitado vió el periódico que ésta dejara encima de una mesa después de desenvolver el paquete que con él había hecho, sorprendiéndole en grado superlativo la visión de las fotografías del Doctor Bryant y de Luisa unidas. Los esfuerzos que la enamorada hizo por arrancar el periódico de las manos del curioso entrometido, fueron vanos y no pudo, por tal razón, evitar la escena que éste produjo en el salón de la casa.

En efecto, el invitado, reunido con sus amigos, manifestóles:

— ¡Acercáos todos! Tenemos la clave del misterio.

— ¿Qué es ello? ¡A ver, á ver!

— Es la fotografía de la hija de la lavandera, la misma desarropada que iba en automóvil con el Doctor esta mañana.

La risa fué general. Marta, puesta al corriente de lo que se trataba, rióse también, mas el antifaz de la hipocresía ocultaba el furor de los celos.

Luisa, entretanto, no pudo sustraerse á la tentación de *emplear* sus manos en los dulces, contenidos en una caja de regulares dimensiones, abierta y *olvidada* á medio vaciar por el

camarero, que estaban diciendo «¡tomadme y comedme!»

Y ya, metida en tarea, consideraba necesario aprovechar el tiempo haciendo buen aco- pio... llenándose los bolsillos y ¡el paraguas!

El hermano de Marta, disgustado por el jue- go en que tomaban parte Luisa y el Doctor, y decidido á zanjar esta cuestión por lo sano, entró á la cocina y dijo á aquella, que pasó apuros por engullirse enterito un pastel y di- simular... los del paraguas:

—Venga, joven... La voy á presentar á usted en *sociedad*.

Ella se dejó conducir; era el hijo de la casa quien la hacía tal proposición. Otra que no hubiese sido Luisa, sin un ápice de mala fe ni picardía, habría visto que lo que se quería de ella era hacer burla al Doctor, que no había vuelto aún, por la elección de que era objeto por parte de tan vulgarota muchacha como ella.

Llevada Luisa á su presencia por su herma- no, Marta, entre desdenosa y agresiva, la ha- bló de esta manera:

—¡Cómo se progresa! La hija de una lavan- dera paseando en coche y al nivel de una gran señora!

A lo cual, Luisa, indiferente contestó:

—Si hace usted alusión á nuestro encuentro de esta mañana... le advierto... que es el Doc- tor el que me ha invitado.

La llegada del doctor, anunciado por un criado, cortó oportunamente la discusión de las dos mujeres.

Para evitar que el Doctor viese á Luisa con

su novia, el hermano de ésta la obligó á es- conderse con él detrás de una puerta, hasta que el Doctor se marchara.

Mientras Bryant y Marta, que fingía una tranquilidad apócrifa, conversaban acerca de sus cosillas, Luisa, en la habitación contigua, se veía molestanda por el hermano:

—Usted, señorita lavandera olvidará sus pretensiones sobre el Doctor, ¿no es cierto? Es usted bonita, á qué negarlo, y hasta me gusta usted. ¡Caramba, qué hoyito tiene usted en la barbita!

Hasta aquí se había mantenido la paciencia de Luisa, pero ya no cabía más y al intentar desahucarse de aquel tonto de hombre, inadvertidamente, del empujón que dió se abrió la puer- ta de la habitación y fué á dar contra Marta. Luisa se excusó avergonzada.

El Doctor la saludó sonriente. ¡A esa chiqui- lla la encontraba en todas partes!

Y Marta, airada, la reprendió furiosa:

—Aunque usted pertenezca á la servidumbre podría conducirse como una señorita.

Luisa comprendió que aquello equivalía á la despedida, y se decidió á marcharse. Antes, empleando el mismo tono de Marta, exclamó:

—Aunque yo pertenezca á la servidumbre, no me privará nadie que también pertenezca á la clientela que admira al Doctor.

El aludido se lo agradecía en el fondo, nada más que en el fondo, pues Marta no perdía de vista el menor movimiento suyo.

Luisa, dijo más:

—¡Hasta entre las lavanderas... hay gentes de bien con educación y buenos principios! ¡No



La estupefacción del Doctor fué para no descrita...

faltaba más!

Esto de la educación y etc. se lo atribuía, naturalmente, á ella.

Sin embargo, algo pudo contradecirlo: ello fué, al abrir el paraguas, porque llovía en abundancia, otra lluvia... ¡pero de pasteles!

Por esta vez los buenos dulces habían sido preferidos á los buenos principios.

¡Un ligero olvido!

*
*
*

Luisa corre á relatar sus aventuras á tío Blas, su amable confidente, el cual, perspicaz, nota su tristeza. Le pregunta la causa, y se entera de que su pesar lo motiva el haberse portado como una tonta delante del Doctor Bryant, su enamorado. ¡Penas de amor! ¡Qué interesantes son las mujeres cuando atraviesan ese inevitable periodo!

Como buen conocedor de estas cosas, tío Blas consigue animarla alentándola á que mantenga la esperanza...

Así lo hace Luisa, dando á comer... á la esperanza... unos pastelitos de los Manchester, que llevaba en los bolsillos.

Tío Blas, que también era de carne y huesos... sobre todo huesos... se ve obligado á aceptar parte de los ricos dulces aunque haya de reñirla luego por haberlos adquirido en forma censurable.

El domingo por la mañana, Luisa, sabedora de que su hermano Jaime prefiere el juego al

Catecismo, lo fué á sacar del grupo de golfos en el que se hallaba y, obligándole á ello, lo conduce á presencia del señor cura.

A instancia de Luisa, el clérigo sermonea hábilmente al muchacho.

Como recompensa de sus desvelos fraternales, Luisa recibe la grata sorpresa de ver en



...los buenos dulces habían sido preferidos á los buenos principios.

En la casa del cura, sentado en un sillón, al Doctor Bryant. Ella le saluda con muestras de alegría y el doctor, con su habitual sonrisa, le corresponde. Conversan... sobre el tiempo. Es lo más cómodo en muchos casos.

Jaime, libre de la retórica del cura, regresa á su casa.

El Doctor, cuya simpatía hacia Luisa aumenta en él, se ofrece á acompañarla en su coche hasta su casa. Ella, por supuesto, no hubiese sabido rechazar tal invitación.

Antes de partir ambos visitantes de la casa del cura, éste dice al Doctor:

—Este baile de caridad es una dichosa idea de usted. Puede contar con mi apoyo.

Luisa, al oír que su enamorado tiene en proyecto una fiesta de beneficencia, un baile de máscaras, se siente transportada á la gloria al pensar que ella podría ir y... quizás bailar con él.

Jaime, el hermano de Luisa, fué el primero en ver llegar á su hermana y exclamó ante sus padres y Daniel:

—He aquí á Luisa que llega sobre cuarenta caballos.

Los dos hombres se cruzan una mirada de inteligencia.

Aquello no les satisface.

Pero la madre, más sensata, más conocedora de su hija, se hace cargo de lo que le sucede á la muchacha. Tanto es así que, yendo al encuentro del Doctor, que acababa de despedirse de Luisa, le agradece sus atenciones hacia ésta y sinceramente le invita á quedarse con ellos á compartir el guiso de la humilde olla.

Era ya tarde y además, interesándose por la vida de Luisa, el Doctor, curioso en investigaciones psicológicas, acepta.

Luisa, desorientada, tan fuerte ha sido la

impresión causada por tan inopinada circunstancia, arma gran revuelo en su casa para recibir dignamente al invitado.

Daniel, presentado como amigo del padre de Luisa... solamente... traga saliva....

Luisa se desvive por procurar hacerle agradable al Doctor su visita á su familia. Toca el gramófono y cuando Daniel, que en sus celos no conocía la educación, quería hacerla bailar, cesa la música.

Jaime, ayudando á su hermana en su tarea de complacer al visitante, le enseña el album de fotografías de la familia. Hay una—dice Jaime—en que está él, mejor que en todas las demás, con su hermana. Busca la tal fotografía y ¡oh sorpresa! Luisa ha sido cortada y no hay más retrato que el suyo. Luisa se sofoca y pellizca á su hermano para que no meta más la pata. Pero el Doctor, que había sufrido las bromas de sus amigos respecto á lo de las dos fotografías del periódico, hace la comprobación matemática de donde ha sacado Luisa el retrato adherido al periódico.

Sus manos rozan las de Luisa y se producen chispas de ternura infinita.

El «¡Vamos Luisa, á la mesa!» los vuelve á la realidad.

Durante la comida, el Doctor, por captarse la simpatía general anima la succulenta operación con su charla. La conversación recae sobre la nota del día:

—¿No vendrá usted al baile de Caridad?— pregunta á Luisa—

El padre de ésta consultó á Daniel con la mirada.

Este, manifestó al forastero:

—Yo iré y pienso llevar á Luisa.

—Perfectamente. Esto me procurará la grata ocasión de volver á ver á usted señorita.

Al despedirse el Doctor, poco después de levantada la mesa, el padre de Luisa, que con Daniel había presenciado las muestras de simpatía que le dispensaban su mujer y su hija, fué á él, resuelto, y no pudiendo fingir más el disgusto que tenía de verle en su casa, le dijo:

—Yo le agradazco esta visita, caballero; le estimaría, sin embargo, que no volviera á repetirla.

—No comprendo á usted — contestóle el Doctor.

—Muy sencillo. Mi hija no tiene necesidad de frecuentar el trato de señores que usen sombrero de capa y tengan automóvil.

El Doctor comprendía.

Luisa, temerosa de que su enamorado se agravíara, apresuróse á disculparle:

—No le ofenda lo que dice mi papá... Es un poco atrasado de costumbres.

—Tranquilícese usted, Luisa: no me ha ofendido en nada.

—Yo no es que me avergüence de mi padre. Todo lo contrario... lo que ocurre es que sobre algunas cuestiones no tenemos las mismas ideas.

—Precisamente su padre de usted es digno de aprecio. Aunque algo brutal, posee una franqueza encantadora, la principal condición de los hombres honrados.

Estas palabras consolaron á Luisa, la cual, de nuevo entre los suyos, tuvo que oír las ob-

servaciones de su padre:

—Veo, hija mía, que tienes la chimenea llena de humo; ¿qué puedes esperar de un señorío tan empingorotado? Ahí tienes á Daniel Smith, (éste al ser aludido se hincha, como el pavo orgulloso) un chico fuerte, noblote, que no ha faltado nunca á su trabajo. Ese es el marido que á ti te conviene.

Luisa tiene sus ideas. Una de ellas se rebela con esta respuesta á su padre:

—¡También hay personas honradas... aunque gasten sombrero de copal

Molestado por la réplica, su padre la notifica:

—En todo caso... ¡te prohíbo que vayas á ese baile!

Para ocultar su excitación nerviosa, el padre de Luisa se puso el periódico delante del rostro y fingió leer. Pero Jaime le hizo observar que lo estaba leyendo al revés. Por milagro, Jaime, no recibió en la cabeza el primer libro que le vino á mano á su padre porque le había hecho tan comprometedor advertencia.

♦♦

En el baile de máscaras de Caridad, el Rey y la Pastora bailaban juntos para el éxito de una misma causa.

Aquella noche, el padre de Luisa tenía muy justificadas razones para no acostarse tan temprano como de costumbre.

Afortunadamente Luisa contaba con el apo-

yo de su madre y pudo burlar la vigilancia paterna. La buena mujer puso en guardia á su hija sobre la maldad del mundo y la recomendó, sobre todo, que su padre no supiera nada.

En el baile, entretanto, el Doctor, vestido de Príncipe y su novia de Princesa, rendían culto á Terpsicore. Una de las máscaras, sin poner malicia alguna en ello, pisó varias veces los lindos pies de la Princesa, qué, furiosa, retirándose de la pista con su novio, dijo á éste que por su gusto abandonaría el baile en seguida si no le hubiese prometido dirigir el desfile de las máscaras. El Doctor procuraba calmar la nerviosidad de su novia que estaba intranquila no sabía por qué causa.

L isa, por su parte, en casa de tío Blas, se ataviaba con el más bonito traje que éste había pedido prestado á un amigo suyo.

Con el traje de Princesa, como el de la novia del Doctor, Luisa tenía el aire delicado y aristocrático de un bibelot de Sajonia.

Mientras, un huracán inoportuno obligaba al padre de Luisa á levantarse del lecho, entrar en el cuarto de su hija, situado al lado de su dormitorio, y comprobaba su desaparición. Una angustia terrible se apoderó de su ser. Gritó, gesticuló; abatido por el dolor se dejó caer sobre un sillón y aguardó el regreso de la mala hija. La madre temblaba de pies á cabeza.

En el baile, Marta, de improviso, se vió regalada por una voz que no le era desconocida, que la citaba en el jardín.

Era un pretendiente que la amaba con locura... al cual ella correspondía. Pero, conveniencias de intereses la obligaban á casarse

con el Doctor Bryant. Esto no significaba que el Doctor era el hombre amado.

Este último, ni remotamente podía suponer la ficción de su novia, mientras preparaba el desfile.

En el salón había un trono, donde fué á sentarse el Rey (una máscara vestida de tal). Los Príncipes, que eran el Doctor y su prometida, debían desfilar en primer lugar. Luego seguiríanles las demás máscaras y se armaría el mayor jolgorio carnavalesco imaginable.

Extrañado de la ausencia de Marta, que seguía hablando con su pretendiente, el Doctor iba á buscarla cuando, corriéndose las cortinas, vió aparecer á su Princesa cubierta, desde luego, con el antifaz.

Era Luisa! ¡Si, Luisa!

El Príncipe presentó sus respetos á su Princesa. A Luisa le parecía un sueño todo aquello.

En efecto, apenas llegada al baile, al ir á preguntar á las dos máscaras que abrían la puerta por donde se iba al salón, éstos la tomaron por la Princesa que debía dirigir el desfile y abrieron las cortinas, viéndose Luisa de este modo frente á los asistentes á la fiesta.

Conducida ante el Rey por el Príncipe, aquél ordena á este.

—¡Coronad á la Princesa!

—¡Besadla!

El rubor se disimulaba bajo el antifaz.

—Y ahora... ¡Abajo las caretas!

La estupefacción del Doctor fué para no descrita. ¡Era Luisa!

La rabia del Rey, que por la ironía del Destino era Daniel, el mismo Daniel, era mordaz.

La envidia mortal de la verdadera Princesa, ó sea Marta, llamada al orden por su hermano, para no echar por tierra sus proyectos si el Doctor llegase á enterarse de que sólo mediaba el interés en su casamiento con él, y llegada al salón á tiempo de presenciar la citada escena, manifestó á su novio:

—Yo no soportaré semejante humillación.

El Doctor se excusó así:

—Tu ausencia y la semejanza de los vestidos explican mi error involuntario.

—Esta explicación es falsa.... Toma el anillo....

—Toda la equivocación es mía, Marta.... Sin embargo, yo no lamento este incidente que me ha permitido conocer el verdadero carácter de la que yo iba á tomar por esposa.

—Yo no querría tampoco robarle su pequeña lavandera á un príncipe tan encantador.

El Doctor aceptó pues el anillo de compromiso.

El hermano de Marta, desesperado dijo á su hermana:

—Esta escena ridícula equivale á nuestra ruina.

Este incidente en pleno baile nubló la magnitud de la fiesta.

De regreso á su casa, Luisa entró por una puerta trasera, subió á un cuarto aislado de la casa para cambiarse allí de ropas.

Daniel, que no la había perdido de vista durante la velada, la siguió hasta allí. Ella, al verle, le imploró:

—Por Dios, Daniel. ¡Diga á mi padre que he estado con usted!

Daniel la repuso:

—¡Usted pretenderá engañar á su padre... ¡A mí, no! ¡Yo no lo tolero!...

Impúdico, Daniel quería besar á Luisa como obligándola á firmar el pacto de quererle.

Ella se resistía cuanto podía.

Guiado por un noble sentimiento, el Doctor



—Esta explicación es falsa... Toma el anillo..

llegó también hasta allí logrando ahuyentar á Daniel.

En las sombras de la noche, los corazones se dilatan, cabe en ellos más ternura, tienen más ansias de amar. El silencio los mece en una melancolía arrulladora.

Las sombras de la noche fueron testigos del

primer beso, puro, honrado, de amor imperecedero del Doctor y de Luisa.

Ajenos á la realidad de las cosas, el Doctor y Luisa, que habían bajado del cuartito donde fué Luisa á cambiarse de ropas, al perseguir á Daniel se aproximaron á la puerta de entrada de la casa.

Por la ventana, el padre de Luisa que esperaba impaciente, los vió despedirse... y besarse, otra y muchas veces más. La sangre se le subió toda á la cabeza mas, por respeto á los demás seres de su familia y al vecindario, no quiso promover un escándalo.

Así que apareció Luisa, que quedó petrificada al verle con el rostro tan desencajado, la dijo con toda el alma:

—¡Aquí has terminado para siempre! Márchate de esta casa!

La madre y el hermano de Luisa presenciaban esta escena dolorosamente. No podían, á pesar suyo oponerse á la inflexible voluntad paterna. El padre, brutal, era temible en sus momentos de cólera.

Jaime, sin embargo, ocultándose salió á despedir á su hermana. Abrazados con cariño inmenso, lloraban mucho el rigor del padre.

A la mañana siguiente el padre de Luisa, seguido de su esposa, pobre mujer, pobre madre que comprendía y debía callar, se dirigió á la casa del Doctor. El criado de éste le impedía el acceso al interior del piso; pero la venganza de un padre no conoce obstáculos; si los hay, sabe derribarlos. Venciendo, pues, la resistencia del criado, el padre ofendido, aunque desconociendo la disposición de la ca-

sa, supo encontrar las habitaciones íntimas.

En una habitación contigua á aquellas, vió, por una parte, á su hija envuelta en un precioso kimono, haciendo su «toilette» y, por otra parte, al Doctor, afeitándose.

Empuñando un revólver, el ofendido avanzó hacia el supuesto ofensor. El espejo advirtió á



—¡Aquí has terminado para siempre! ¡Márchate de esta casa!

éste el peligro que corría, Prestamente, el Doctor cerró la puerta de su habitación. El padre de Luisa tuvo tiempo de impedir que aquél echase la llave al cerrojo y, abierta de nuevo la puerta, se abalanzó, revólver en mano, sobre el causante de su desdicha.

Luisa y su madre, doloridas é imposibilitadas de evitar la lucha rápida de los dos hombres, se ampararon mutuamente.

El Doctor, en defensa propia, luchó vigorosamente con el furioso padre, lo derribó sobre un sillón y desarmole.

Vencido, el padre de Luisa seguía gritando, en una cruenta crisis de locura:

—¡Cobarde! ¿qué ha hecho de mi hija?

—¡Cálmese!... ¡Escúcheme! Expulsada por usted del hogar, yo la he recogido, haciendo de ella mi mujer.... ¡Una honrada mujer!

Esta palabra mágica ¡una honrada mujer! despejó el cielo gris y surgió un sol maravilloso que secó las lágrimas de la amargura.

Luisa se abrazó á su padre, abatidísimo:

—¿Tú ves, papá? ¿Tú ves cómo no me has comprendido nunca?

El pobre hombre, ignorante en su intachable honradez, lloró de nuevo, pero esta vez las lágrimas eran dulces...

La madre de Luisa también lloraba. Las mujeres, expuestas siempre á la crueldad del destino, lloran de alegría cuando consiguen vencer.

Una ráfaga de aire penetró por una ventana en la habitación donde estaban reunidos. La ráfaga trajo el eco de un canto lejano... Era un himno que entonaban en las alturas, casi imperceptible, tan suave como la ternura que flotaba en el ambiente...

..

Marta despechada pero no vencida, y su her-

mano, intentaron romper el encanto del amor del Doctor y de su «lavandera», abusando de la debilidad en el juego de Jaime, el hermano de Luisa. Todo fué vano.

El amor era más poderoso que la envidia ajena.

FIN

NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks (II edic.)
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin
4	La Virgen de las Rosas	Pearl White (Perla Blanca)
5	La culpa ajena	Antonio Moreno
6	De hombre a hombre	Priscilla Dean
7	Una mujer	Eddie Polo
8	Pesadillas y supersticiones	Mary-Douglas (extraordin.)
9	Desinterés	Francesca Bertini
10	El Hábito	Harold Lloyd
11	Jimmy Sansom, El Aventurero	Constance Talmadge
12	La primera novela	Frank Mayo
13	El Pequeño Lord Fauntleroy (1)	Marie Prevost
14	El Pequeño Lord Fauntleroy (2)	Ben Turpin
15	La Tormenta	Pina Menichelli
16	Flor de Amor	Livio Pavanelli
17	La Pantera Negra	Norma Talmadge
18	Bajo dos banderas	Tom Mix
19	Corazón de lobo	Gla'ys Walton
20	Sueños juveniles	Almésmon Girard

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(pago anticipado)

BARCELONA Y PROVINCIAS

Año 12 ptas.
Semestre 7 »

EXTRANJERO

Año 18 ptas.
Semestre 10 »

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Año 14 ptas.
Semestre 8 »

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal.